

El Carnotauro

Por: Eduardo Antonio Lazaro Guerrero

No había pasado mucho tiempo desde que el lagarto antediluviano había devorado dos de las cinco crías de su vecino cuando un ataque repentino de un dinosaurio un poco mayor de tamaño le sorprendió con una feroz dentellada en su cuerpo y un agudo quejido de dolor emergió desde lo más profundo de sus vísceras hasta la garganta y un sanguinolento pequeño despojo de nervios y materia salió de sus enormes fauces. Se sintió herido en la más profunda intimidad de sus entrañas, entonces su reacción fue la de escapar y huir, salvar su enorme cuerpo de los terribles mordiscos de un depredador de un tamaño aún mayor que el mismo. La intuición y la experiencia le habían enseñado que no debía responder a un ataque estando ya herido. Corrió lo más que pudo con sus robustas patas traseras, puesto que de nada le servían las delanteras que eran como pequeños muñones, pequeños y ridículos comparados con sus piernas robustas y bien conformadas para soportar su enorme cuerpo conformado de una gran cabeza sostenido por un cuello corto con una cola erguida y pesada y unas enormes fauces de dientes aserrados. Corriendo y escapando también optó por saltar puesto que las patas traseras podían impulsarlo como una catapulta, y con la carrera y los saltos prosiguió por un buen trecho entre el follaje compuesto de enormes helechos y enormes árboles combados llenos de hojas que devoraban plácidamente algunos dinosaurios herbívoros de cuello largo. Estos no se inmutaron ante el paso veloz del dinosaurio perseguido por el otro más grande que daba también grandes zancadas para alcanzar a su ocasional presa, hasta que en un lugar lleno de

restos de algún animal muerto, el perseguidor se detuvo, puesto que su olfato le indicó que entre estos despojos podría aprovechar de comer....

Nuestro dinosaurio perseguido y acosado perdió de vista a su perseguidor y no lo volvió a ver más, pero aquella dentellada artera que le había cercenado parte del abdomen había dejado una cicatriz visible y dolorosa. Un malestar extraño invadió su cuerpo y decidió descansar entre la vegetación puesto que salir a los claros y lugares despejados lo exponía a otros agresores y como estaba malherido sería presa fácil hasta de animales menores.

Entre el cansancio y el dolor su cuerpo reposó entre algunos enormes arbustos y poco a poco su enorme cuerpo descansó dolorido pero oculto entre las hojas y ramas del follaje verde y marrón; estuvo detenido por un buen rato entrecerrando sus elásticos párpados, pero no podía dormir puesto que el enorme dolor se lo impedía y también la genética de su especie le había enseñado a estar siempre despierto, siempre atento.

Desde su refugio pudo contemplar el veloz paso de una manada de velociraptores y de un spinosaurio que tenía en su lomo una enorme aleta en forma de vela y un anquilosaurio que avanzaba penosamente buscando alimentos entre la espesura de aquella selva de plantas enormes y dispersas.

Las acechanzas de aquel despiadado mundo del jurásico eran permanentes: “Lagarto que se dormía amanecía como un resto de huesos bien mondados”. Esta era una máxima de un axioma mayor, la lucha por la sobrevivencia. No importaba a quien se comía, si no se podía conseguir alimento afuera lo más cómodo era alimentarse en el propio domicilio de los huevos de sus mismas crías, sino de las propias crías y si ya no existían éstas, de la pareja. La mayor enseñanza era la caza y la mayor ciencia la ciencia de la sobrevivencia.

La noche había inundado de oscuridad a la selva y nuestro dinosaurio ya no podía más que esperar a que el día siguiente se estrenara con la luz de aquel disco amarillo que se perfilaba periódicamente en la existencia de los seres vivos de aquel extraño y salvaje mundo. Sin embargo el cielo nocturno y diurno se inundaba frecuentemente de luces repentinas y veloces que iluminaban esporádicamente como mensajes de un ataque estelar de meteoritos que a veces caían directamente sobre la vegetación o a un ser vivo como él y como resultado se producía un pequeño incendio cuando eran plantas o árboles, y un automático asado de carne chamuscada de lo que fue un irreconocible lagarto cuando era una especie animal.

Para nuestro dinosaurio la noche era eterna, tal como lo era el día lleno de avatares, búsqueda de alimento y a veces desesperadas huidas de animales más fuertes y agresivos. Noches de eterna espera y días de eterna desesperación. Esta era el juego de su existencia, uno de esos días de enorme agitación tal como le había sucedido a él en aquella jornada anterior, desgraciadamente con una dentellada que le había arrancado una pequeña parte de su cuerpo, pero también afortunadamente después de haber devorado dos deliciosas crías de un dinosaurio y fue aquella comida la que alimentó y devolvió fuerzas para su cuerpo herido y desfalleciente. Esa era otra máxima de aquel mundo salvaje: “¡El que come antes sobrevive después!”

Nuestro dinosaurio intentó enderezarse y estiró poco a poco su cuerpo adormecido, sintió que el dolor estaba disminuyendo aunque la herida aún no había cerrado o cicatrizado, la piel escamosa y dura de su género de lagartos a la que él pertenecía era apropiada para protegerlo de desgarros mayores.

La luz del disco brillante empezó a emerger del oculto horizonte, parcialmente cubierto por la enorme vegetación en la que nuestro dinosaurio se hallaba descansando, y comenzó un nuevo día en que la fuerza y la astucia proseguirían desarrollando las especies y la batalla por la supervivencia.